

to había muerto. Y viendo que sí, rompió el Centurión su silencio con un hondo suspiro, diciendo:

—¡No cabe duda, este era Hijo de Dios, era lo que decía. Y sus soldados dándole la razón repitieron lo mismo diciendo:

—¡No cabe duda! así es. Este era Hijo de Dios.

Así murió Nuestro Señor Jesucristo. Murió porque quiso. Los tormentos, sí, bastaban para quitarle la vida; pero él bastaba para impedir la acción de los tormentos. Y en efecto estuvo prolongando su vida milagrosamente en medio de suplicios que le debían haber muerto mucho antes. Y cuando él quiso, espiró, o mejor dicho *dió su vida* que nadie se la hubiera podido arrebatarse, por la salvación del género humano.

¡Ved ahí la obra estupenda del amor divino! «Esta es, dice San Juan Crisóstomo, la primera razón de la pasión; que quiso Dios que se supiese cuánto amaba a los hombres, él que más quiere ser amado que temido».

Y el divino San Juan exclama: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito!»

Y el cristianísimo San Pablo escribe extasiado: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí».

Y el amantísimo San Agustín dice confundido: «Más me amaste a mí que a tí, puesto que moriste por mí».

¿Qué valen junto a este Señor crucificado todos los demás argumentos para servir a Dios? Bien decía San Francisco Javier o quien quiera que fuese el que escribió estos divinos versos:

No me mueve, mi Dios, para quererte
El cielo que me tienes prometido,
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
Clavado en una cruz y escarnecido;
Muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera
Que aunque no hubiera cielo yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
Pues aunque lo que espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera.

289. EL CORAZÓN ABIERTO

(J. 19, 31-37)

Turbados sin duda andarían los judíos con todas aquellas perturbaciones. Ni solo los que más animosos o más piadosos y curiosos presenciaban en el Calvario la muerte del Mesías, sino aun los que refugiados en la ciudad, sintieron sin embargo las señales de perturbación que sucedieron a la muerte de Jesús.

Porque el terremoto debió ser muy grande. Aun hoy día se muestra en la roca entre el sitio de la cruz de Jesucristo y del mal ladrón, una hendidura de 170 centímetros de larga con 25 de ancha. La cortina que a la entrada del *Sancta sanctorum* separaba el altar del pueblo y no se corría jamás, rasgóse de por sí de alto abajo dejando al descubierto el santuario. Los sepulcros, que se abrían por sí mismos, daban a entender que se preparaba alguna mudanza misteriosa, como efectivamente se vió después de la resurrección del Señor, que se aparecieron varios resucitados a sus amigos. En fin, toda la confusión que se originó de todos estos sucesos, traía despavoridos y confusos a todos los espectadores, que ya por las duraderas tinieblas estaban de antes perturbados.

Los judíos, satisfechos sus criminales intentos, estaban deseando que terminase todo aquel suceso, que ya se les convertía en cruel remordimiento y tremenda acusación de su injusticia. Con el pretexto, pues, de que al otro día era gran fiesta, porque no solo era sábado, sino que además era sábado de la semana de pascua, determinaron acelerar todo lo de Jesucristo cuanto pudiesen y quitar de la vista para siempre a aquel hombre, que desde que expiró en la cruz era ya su acusador implacable.

Fueron, pues, al Presidente y «le rogaron que quebrantasen las piernas a los crucificados y los retirasen» para que no quedase aquel espectáculo en el día de la fiesta.

No siempre fallecían pronto los crucificados. Vivían de

ordinario más de 12 horas: a veces durábalas la vida dos y tres días. Hasta se daba el caso de que viniesen las aves de rapiña a acometerlos, y los lobos y chacales a morderlos. Para acelerarles la muerte era muy frecuente usar del suplicio que se llamaba *crurifragio*, suplicio brutal y horrible, que consistía en quebrar las dos piernas del crucificado a golpes de maza, dados a los reos contra el madero, para que se desangrasen.

Dió licencia Pilatos para lo que se le pedía, y «vinieron los soldados, y al primero le rompieron desde luego las piernas, y lo mismo al que había sido crucificado con él. Mas al llegar a Jesús, viéndole ya muerto, no le quebraron las piernas. Sino que uno de los soldados con su lanza le abrió el costado, y al punto salió sangre y agua».

Lo probable es que los soldados viniesen resueltos a hacer lo mismo con Jesucristo. Pero les rogarían los amigos de Jesús que le perdonasen tan terrible operación, y lo conseguirían fácilmente, dado el estado de ánimo de los guardas de reverencia hacia Jesucristo. Pero por si acaso no estaba muerto, se le acercó uno de los soldados, que la tradición llama Longinos, lancero como quien dice; acaso por su hecho, de la palabra *Lonje, lanza*. Este, en vez de romperle las piernas, le clavó su lanza y le abrió herida ancha y profunda, pues, según Santo Tomás, cabría en ella el puño, y atravesó el corazón de quien tanto nos amó.

Y advierte San Juan notándolo, que «al punto salió sangre y agua». Sangre salió naturalmente; porque aún estaba reciente el fallecimiento. Cómo salió agua disputan los doctores; y unos dicen que por milagro, otros que naturalmente; aunque es no visto que de un difunto salga no digo suero, ni otro componente de la sangre, sino agua verdadera como salió en Jesucristo. También discurren mucho acerca de lo que Nuestro Señor y de su parte San Juan quiso significarnos con este brotar de sangre y agua. Lo que solemnemente añade San Juan es esto:

«Y quien lo vió dió testimonio, y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice la verdad, para que vosotros creáis. Porque todo esto se hizo, para que se cumpliese aquella escritura: «No quebrantaréis hueso en él». Y también dice otra escritura: «Verán al que traspasaron».

La primera profecía es la de la prescripción que hizo Moisés acerca del cordero pascual prohibiendo que le rompiesen ningún hueso. En lo cual se ve que el cordero fué tipo de Jesucristo, verdadero cordero a quien tampoco le habían de romper ningún hueso.

La segunda es un vaticinio del profeta Zacarías, en que Jehová dice que los mismos que le habían de crucificar, le habían de contemplar arrepentidos, porque como en la misma profecía dice, «derramaría sobre ellos espíritu de perdón y de misericordia».

Así quedó abierto y roto aquel Corazón que solo para amarnos se había hecho. Abrió el soldado el Corazón, dice San Agustín, para que allí en cierta manera se nos abriese una puerta de vida, puesto que de allí nacen los sacramentos sin los que nadie entra en la vida verdadera.

A la muerte del Salvador se abrió el velo del templo para que quedase inútil el santuario antiguo; pero se abrió también el Corazón de Jesús para que en adelante entrásemos todos en el nuevo templo.

«Oh Corazón, exclama la Iglesia, arca que contiene la ley, no de la esclavitud antigua, sino de la gracia, del perdón, de la misericordia!»

«Oh Corazón Santuario intemerado de la nueva Alianza, templo más santo que el antiguo, y velo más útil que el rasgado.»

»El amor quiso que quedases herido con patente herida, para que veneremos las heridas del amor invisible.

»¿Quién no volverá amor al que le ama? ¿quién no amará al que le redime? ¿quién no elegirá en este Corazón su eterna morada?

¡Dichoso quien vive y muere en él lleno de amor!

290. DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

(J. 19, 38; L. 23, 50-52; Mc. 15, 42-45; Mt. 27, 57-58.)

Las intenciones de los judíos eran sin duda de retirar a toda prisa y sin honra el cuerpo del Nazareno, sepultarlo en la fosa con los otros condenados, hundir en el sepulcro común sus huesos y poner sobre ellos y sobre toda la vida

del Maestro la tierra que destruyese para siempre su memoria. ¡Pero cuán poco sabían de lo que les aguardaba!

Dios dijo al mar: ¡Hasta aquí! y le puso una infranqueable barrera con menuda arena.

También ahora, una vez muerto su Hijo, dijo al mar de las potestades infernales: ¡Basta! Hasta aquí! Y no pudo más contra Jesucristo. La admirable sentencia de San Pablo dice: «Cristo se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz». Pero en seguida añade: «Por lo cual Dios le exaltó, y le dió un nombre sobre todo nombre; para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en los abismos».

Todo esto empezó ya a cumplirse en cuanto Jesucristo murió en la cruz.

Porque apenas salían los judíos de la presencia de Pilatos, con el permiso de que se quebrasen las piernas a los condenados y se los descolgase en cuanto muriesen, entró en su presencia un señor respetable a pedirle una gracia.

Era José, senador o consejero noble del Sanedrín, caballero rico de Arimatea, pueblo cercano de Jerusalén, «hombre bueno y justo que también él esperaba en el reino de Dios, y era discípulo de Jesús, aunque oculto, por temor de los Judíos. Éste no había asentido a la sentencia y actos de los Judíos». Acaso no asistió a las deliberaciones en casa de Caifás en las que Jesús fué condenado por el Sanedrín, o si asistió dió su voto en contra.

Si antes había tenido miedo a los judíos, y no se había declarado como debiera, ahora, movido por la muerte del Maestro, y por la gracia divina, y suave providencia de Dios, desechó todo temor, y como dice San Mateo: «audazmente entró a Pilatos, y le pidió el cuerpo de Jesús». Y en verdad que se necesitaba audacia para que un hombre de las cualidades de José se presentase entonces a pedir esta gracia, y manifestase creer en aquel Maestro muerto cuando a los ojos humanos ya no quedaba de él más que un cadáver destrozado.

Oyóle Pilatos, y quedó admirado de que ya hubiese muerto. ¡Por qué se admiró Pilatos? Es verdad que los crucificados duraban a veces muchas horas y aun días en la cruz, pero aquel crucificado había padecido mucho antes

de ser clavado; y solo a duras penas y ayudado del Cirineo pudo llegar incólume al suplicio.

Mas como acababan de estar los judíos a pedirle que se cortasen las piernas a los crucificados, no dejaría de chocarle que ya enseguida le dijese que Jesús había muerto. Y tal vez Pilatos tenía aún esperanza de que Jesús moriría de alguna otra manera, o de que no moriría, si tal vez era hijo de Dios, según él categóricamente se lo había afirmado.

Llamó, pues, al Centurión, que había estado custodiando la ejecución, y le preguntó si Jesús había muerto. Díjole que sí. Y aunque todo esto era de esperar, seguramente la noticia debió producir en su espíritu un remordimiento y temblor semejante al que debe tener un asesino que ha herido mortalmente a un inocente, cuando después le traen la noticia de que en efecto, el herido por él acaba de fallecer.

Así, pues, azorado, no tuvo dificultad en permitir lo que le pedía José, y le concedió el cadáver de Jesús. Lo que le concedió no era, sin embargo, nada notable. Cuando algún pariente o amigo solicitaba el cadáver de algún ajusticiado, concedíasele sin dificultad.

Obtenido el permiso, aplicóse José a su tarea con toda prisa, pues el tiempo urgía y era ya tarde. Antes de terminar el día compró lienzo fino y se dirigió al Calvario. Tal vez primero fué a llamar a Nicodemus, que estaba en condición muy semejante a la suya, rico, noble, senador, discípulo de Jesús, pero también discípulo oculto por miedo y temor de los judíos. Ambos se habían distinguido por su resistencia a la maldad de los otros fariseos y saduceos. Ninguno de ellos había aprobado con su voto lo que el Sanedrín había hecho contra Jesús. Ahora a la muerte de Jesús iban a unirse los dos amigos para tributar al Maestro el testimonio de su afecto.

Así como José había comprado lienzo fino, Nicodemus se encargó de los aromas y bálsamos. Y espléndido como su amigo, llevó nada menos que cien libras de mezcla de mirra y áloe. Llegados al Calvario, dice el Evangelio, «quitaron el cuerpo de Jesús y lo ligaron con vendas, con aromas, y lo envolvieron en lienzo limpio, como es costumbre sepultar entre los judíos».

Todo, pues, se hizo según la manera más natural y acostumbrada. Con escaleras arrimadas a la cruz desclavaron los santos varones el sagrado cuerpo y fueronlo bajando con toda reverencia. La primera que sin duda estuvo allí presta a recogerle y abrazarlo fué su Madre, aunque los Evangelistas parece que hacen estudio de no nombrarla, acaso por reverencia a su dolor. Pero el arte tradicional cristiano siempre ha venerado como una de las figuras más dignas de compasión la de la Piedad, la de la Madre sentada al pie de la cruz con su Hijo deshecho y destrozado en sus brazos.

«Cuando la Virgen, dice el suavísimo P. Granada, tuvo a su Hijo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de paz! llorad con esta sagrada Virgen, llorad cielos, llorad estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María! Abrazase la Madre con el cuerpo despedazado, y apriétalo fuertemente en sus pechos; para esto solo le quedan fuerzas. Mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza, júntase rostro con rostro, tiñese la cara de la Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿es ese, por ventura, vuestro dulcísimo Hijo? ¿es ese el que concebiste con tanta gloria y pariste con tanta alegría? ¿dónde está aquel espejo de hermosura en quien vos os mirábades? Ya no os aprovecha mirarle a la cara, porque sus ojos han perdido la luz; ya no os aprovecha darle voces y hablarle, porque sus orejas han perdido el oír; ya no se menea la lengua que hablaba las maravillas del cielo; ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban al mundo. ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios?»

291. SEPULTURA DEL SEÑOR

(J. 19, 39-42; L. 23, 53-56; Mc. 15, 46-47; Mt. 27, 59-61.)

Después que dieron lugar al dolor de la Madre, todos fueron contemplando de cerca aquel cuerpo despedazado y deshecho por los tormentos.

Pero el tiempo urgía; preciso era acortar la devoción y acelerar el trabajo que tenía por fuerza de concluir antes que brillasen las estrellas.

Junto al sitio de la crucifixión y casi al pie del mismo Calvario tenía José un jardín, en el que había construido un sepulcro, donde solo él había de ser colocado. La distancia de ambos sitios no llegaría a treinta metros. El sepulcro era muy pequeño. Hoy una puerta de un metro y treinta y seis centímetros de alta, por sesenta y seis centímetros de ancha, da entrada a una cámara de dos metros (2,07) de larga por otros dos escasos de ancha (1,95). La mitad de este recinto a la derecha y a una altura de sesenta y cinco centímetros sobre el suelo la ocupa el nicho en que fué colocado el Salvador. Todo ello estaba excavado y tallado en la misma roca viva, que formaba todas las paredes, el suelo y la bóveda. Hoy falta la bóveda, que por efecto de tantas trasformaciones ha desaparecido, pero consérvase la roca todo alrededor hasta una altura de metro y medio, aunque revestida de mármoles blancos.

Antes de esta cámara estaba un vestíbulo o antecámara tallada también en los interiores de la peña, un poco mayor que el mismo sepulcro, y con puerta de la misma roca algo más grande que la del sepulcro. Este vestíbulo, dice San Cirilo de Jerusalén que fué destruido cuando Constantino, por embellecer tan santa reliquia y acomodarla a las exigencias de un templo, tajó todo lo que del monte rodeaba al mismo sepulcro, incluso este vestíbulo, del que desapareció arrasado todo menos el suelo. Hoy así el Santo Sepulcro como este suelo, sobre el que se levantaba antes el vestíbulo, están encerrados en un templete edificado de tal manera que resulta otro vestíbulo como aquel antiguo, el cual es denominado Capilla del Ángel. En él está la llamada Piedra de la Unción, por creerse que en ella fué ungido Nuestro Salvador del modo que vamos a ver en seguida. Es de notar que este sepulcro, como era frecuente costumbre, solo estaba destinado para uno, para José su dueño. Además era nuevo, y nadie jamás había sido puesto en él, como expresamente lo hace notar el Evangelio.

La sepultura se hizo de esta manera. Prepararon el Santo cadáver, y sin duda lo lavaron; que si lavaban todos los cadáveres mucho mejor lavarían aquel que además de ser más santo que todos, estaba tan cubierto de sangre y polvo, de sudor y salivas, que, como decía muy bien el profeta

Isaías, nadie hubiera sido capaz de reconocerle, pues estaba como un leproso, que no tuviese faz de hombre.

Luego prepararon los aromas, que eran entonces, como de ordinario, mezclas o confecciones de mirra y aloe, resinas aromáticas muy comunes en la tierra. Solían prepararlas parte en polvo, parte en líquido o pasta glutinosa.

Cortaron parte del lienzo en tiras, formando con ellas vendas, con las cuales empapadas y untadas en los aromas fueron ligando y fajando todos los miembros de Jesús, comenzando por los dedos de pies y manos, siguiendo por los brazos y piernas, y terminando por todo el cuerpo, de modo que quedase todo él fajado y como empastado en gomias aromáticas. Así al menos se hacía de ordinario, y así lo hicieron entonces, aunque por estar algo de prisa, quizás lo harían con menos cuidado.

Además de estas vendas con que San Juan dice que lo fajaron, añaden los otros evangelistas que lo envolvieron en un lienzo o sábana limpia.

Pusieron, en fin, sobre su faz santísima un sudario o pañuelo, y quedó terminado el embalsamamiento.

No era el que usaban los judíos tan perfecto que evitase la corrupción, como el de los egipcios. Embalsamado estaba Lázaro y con todo eso a los cuatro días ya de él decía su hermana que despedía hedor. Ni tampoco era el fin de este embalsamamiento la incorrupción del cadáver, sino solo un obsequio al difunto, como entre nosotros el simple amortajar.

Dispuesto ya el cadáver para la sepultura, lo tomaron y lo metieron en el nicho del sepulcro.

Durante todo este tiempo no habían estado solos los varones. Las mujeres, sobre todo María Magdalena y María la madre de José, deslizaronse tras los santos varones, y mientras éstos amortajaban al Maestro, ellas, sentadas, lo miraban todo con atención, y fijándose dónde y cómo le colocaban, maquinando entre sí, aunque sin decir nada a los hombres, venir otro día y arreglarlo todo mejor y más a su gusto. Tampoco aquí dice nada el Evangelio de María Virgen. Mas de seguro que estuvo presente a todo, no como quien se desliza a curiosar, sino presidiendo como madre todas las operaciones que con su hijo se hacían. Y cuando

colocado ya el cuerpo en su nicho iban a cerrar el monumento, ella sería la última que le vió, ella la última que se quedó con San Juan, su nuevo hijo, en el sepulcro, ella la que le daría el último beso y le dirigiría la última mirada y le colocaría en la faz el santo sudario, tras el cual quedaban escondidos aquellos ojos piadosísimos del Hijo.

Los varones estaban ya aguardando a que la Madre saliese para terminarlo todo. Salió la Virgen, y entonces, haciendo rodar entre todos una gran piedra hacia la puerta y poniendo el clavo que la sujetaba, cerraron la entrada del sepulcro y bajaron a la ciudad acompañando a la santa Señora.

292. SOLEDAD

La Virgen Santísima, después de dirigir su última mirada al sepulcro en que quedaba su tesoro, echóse el manto con sus pliegues salpicados de la sangre preciosa de su Hijo, cubrió su afligido rostro, y llorando silenciosas y resignadas lágrimas púsose a desandar el mismo camino que había traído acompañando a su Hijo con la cruz a cuestas. Adoró la cruz, bajó la pendiente del Calvario, y metióse por las calles de Jerusalén.

Aunque iba cubierta con su manto muchos la conocerían. Movidos de compasión la saludarían, la abrirían paso y más de uno diría en voz baja a su vecino señalándola: —La Madre de Jesús Nazareno... La Madre del ajusticiado...

¡Oh! y cómo le hablaban y qué tristes recuerdos le sugerían todas aquellas gentes y todos y cada uno de aquellos sitios!

Llegó por fin a su casa, a aquella casa en que la noche antes se había despedido su Hijo de ella para comenzar su pasión en el Huerto; y retiróse a llorar su dolor y su soledad.

Oh dolorosísima Señora! a quién la compararemos? *Cui comparabo te?* Dónde hallaremos un dolor tan grande que con su ejemplo se pueda consolar esta Virgen inocentísima? *Cui exaequabo te et consolabor te, Virgo Filia Sion?* En ninguna parte! porque su dolor es inmenso como el mar. *Magna est enim velut mare contritio tua.*

Probablemente tuvo allí que empezar al punto su oficio de madre de todos los fieles. Uno tras otro iríanse reuniendo en torno suyo los discípulos, dispersos desde la noche antes, en que el Pastor fué herido. ¿Adónde habían de acudir mejor que a la Madre de misericordia? Ella los iría recibiendo, oíría sus excusas y sus penas, consolaría sus desalientos y les infundiría esperanzas de mejor suerte.

Vino Simón Pedro, y vino Andrés, y Santiago y todos los discípulos... menos uno... ¡Faltaba Judas! faltaba el traidor. Oh desgraciado, que no cayó en la cuenta de que tenía una madre que hubiera intercedido por él...

Así pasó la noche del Viernes santo, y el sábado solemne de la pascua, aguardando con firmísima fe y esperanza la hora feliz y la nueva aurora de vida para su Hijo.

293. BAJADA DEL SEÑOR AL LIMBO

Mientras su cuerpo estaba en el sepulcro, el alma de Cristo bajó al limbo o seno de Abraham.

Limbo llamamos a las moradas de aquellas almas que aunque no merecen el infierno de los tormentos, no merecen tampoco entrar en el cielo. Tales son ahora los niños que no han cometido pecado mortal, pero que no tienen gracia santificante, por no haber sido bautizados. Tales eran también antes de la redención los justos del antiguo Testamento que habían muerto en gracia de Dios.

No iban al cielo, porque hasta que se efectuó nuestra redención y entró en la gloria Jesucristo nadie penetró en ella. Mientras tanto, estaban recogidas en el limbo o seno de Abraham, así llamado porque Abraham, como padre de todos los creyentes, era considerado el primero y más digno de todo el limbo. No padecían tormentos, antes gozaban de felicidad, pero no poseían aún la gloria de ver a Dios.

Todos cuantos habían muerto en gracia, Adán y Eva, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y los santos Patriarcas, David y los Reyes justos, los Profetas, los Mártires y cuantos, sea de los judíos, sea también de los gentiles, habían muerto sin pecado, todos allí aguardaban el santo advenimiento de su Redentor. No faltarían recientes nue-

vas y prontas esperanzas de que de un día para otro apareciese allí ante sus ojos el Redentor. Simeón y Ana, San José y San Juan Bautista, otros muchos que habían ido falleciendo en los últimos días llevarían allá la luz de la aurora divina, contando lo que el Mesías estaba ya haciendo en el mundo. Y acaso la luz e inspiración directa de Dios revelaba a sus escogidos mucho mejor lo que respecto de su suerte se estaba ya verificando en el curso de los siglos. Que si fué tan generoso en profecías con los que vivían en el mundo, aunque pecadores, mucho más generoso sería en ilustraciones con los que en el seno de Abraham, justos para siempre, le amaban y le deseaban.

Llegó, pues, el día ansiado y de un momento para otro esperado, y repentina luz de divinidad, luz que jamás vió vista humana, inmenso gozo de gloria, gozo que jamás cruzó por corazón de hombre, por dichoso que fuese, inundó todo el limbo y lo convirtió en paraíso.

Dice San Pablo que Cristo antes de subir «quiso bajar a las partes más bajas de la tierra», y dice San Pedro (1, 3, 19) «que muerto en el cuerpo, pero vivificado en espíritu, marchando a las almas que estaban en cárcel, las evangelizó», es decir, les dió la buena nueva del Evangelio y redención y los hizo felices a todos con sola su presencia, dándoles a ver su alma santísima y la divinidad que la revestía.

Allí con todos los demás estaba ya el buen Ladrón purificado en la Cruz por la absolución del mismo Señor y Redentor nuestro.

Así pasó el alma divina en el limbo todo el tiempo de estos tres días que estuvo muerto, esperando que llegase su hora de gloria y resurrección.

294. LA GUARDIA DEL SEPULCRO

(Mt. 27, 62-66)

Era ya el sábado. Los judíos, fallidos sus deseos de confundir los restos del aborrecido Nazareno con los de los criminales vulgares en la fosa común, vieron con rabia y rencor cómo su compañero José burlaba sus planes. Que aquel a quien ellos habían puesto en la cruz entre dos ladrones, muerto y todo, cuando parecía ya descalificado,

desprestigiado y deshecho, todavía obtuviere tal respeto que dos senadores nada menos, prestigiosos, justos, ricos, lo reclamasen para honrar su memoria, lo embalsamasen por sí mismos y lo pusiesen en la propia sepultura de uno de ellos, era una salida inesperada con que no habían contado. Jesucristo muerto se les iba de las manos.

Y ¿quién sabe lo que después de esto podría venir?...

Porque el muerto había dicho que resucitaría al tercer día. Sería esto verdad o no lo sería; ellos afectaban no creerlo; mas de seguro que no dejarían de temerlo en su corazón. Lo cierto es que las maravillas acompañaban a aquel Nazareno hasta la misma muerte, y que aun después de ella, el mismo cadáver quedaba fuera de su dominio. Y aun cuando ellos no creyesen en nada, ¿no era de temer que algunos de sus discípulos se aprovecharan de aquella profecía y urdiesen alguna trampa y engaño con el fin de acumular contra el Sanedrín la ira popular y tomar venganza de la muerte dada al Maestro? Y ¿qué se proponían José y Nicodemus con pedir para sí el cadáver? Era únicamente deseo de honrarlo o abrigarían otros planes subversivos?

Por una razón o por otra o por todas empezaron a cavilar o cabildear entre sí sobre el caso, y después de varias conferencias fueron los príncipes de los sacerdotes a Pilatos y le dijeron:

«—Señor, nos hemos acordado que aquel embaucador cuando aún vivía dijo: Después de tres días resucito. Manda, pues, asegurar el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan a lo mejor los discípulos y lo roben y digan al pueblo: Ha resucitado de entre los muertos, con lo cual será el último engaño peor que el primero».

Pilatos estaba entonces, al parecer, para decir a todo que bueno, y así les dijo:

«—Tomad guardia, id y asegurad como os parezca».

«Y ellos fueron y aseguraron el sepulcro sellando la piedra y con guardia».

La manera de cerrar los sepulcros era, no con puerta alguna, sino con alguna gran piedra, la cual a veces era cuadrada, y se corría o retiraba deslizándose hasta tapar o descubrir la entrada; a veces era redonda, ya como un disco, ya en forma de media naranja, y entonces se la rodaba

hasta que, aplicada a la puerta, cerraba el sepulcro. En el sepulcro de Lázaro más bien debió ser cuadrada, y por eso el Señor decía sencillamente: «Quitad la piedra de ahí». Mas en el sepulcro de Jesucristo, a juzgar por la palabra que usa el Evangelio, la piedra era sin duda ninguna redonda.

Y por cierto, si se atiende a la propiedad estricta de la palabra, más parece que la hacían rodar hacia adelante cuando cerraban, y hacia atrás cuando abrían la tumba; lo cual da a entender que la piedra más bien que la de rueda o disco, tenía la figura de media naranja, cuya parte plana ajustaba con la roca en que estaba tallada la puerta.

Fueron, pues, con la orden recibida de Pilatos los príncipes de los sacerdotes, y en nombre y con la autorización del Presidente tomaron posesión del sepulcro. Cercioráronse de que aún estaba allí el cadáver; arrimaron de nuevo la piedra; cruzáronla de alto abajo, y de derecha a izquierda con algunas cintas o cordeles, cuyos cabos sujetaron a la pared exterior con arcilla o argamasa; y en fin, sobre estos mismos cabos imprimieron en la masa el sello del Sanedrín. Podían ya dormir tranquilos y estar seguros de que nadie, sin saberlo ellos, violaría el sepulcro, ni sacaría de él el cadáver. El sepulcro por todas partes, menos por la puerta, estaba cerrado por la misma roca viva, en la cual estaba cavado; la puerta estaba además de cerrada sellada. No había posibilidad de fraude ninguno.

Y ¿qué bien servía la misma iniquidad a la Providencia sin saberlo ni pretenderlo! Había tomado todas las medidas posibles de prudencia para evitar ningún fraude, y esas mismas medidas sirven hoy para probar que fué verdadera la resurrección, sin que sea posible suponer engaño ninguno.

295. LA RESURRECCIÓN

(Mc. 16, 9; Mt. 28, 3-4.)

Era el primer día de la semana. Amanecía el alba. En el jardincito de José velaban los guardias cuidadosamente el cadáver de aquel Nazareno, que muerto y todo tanto cuidado inspiraba. La piedra estaba en su lugar cerrando completamente el sepulcro. Los sellos aparecían enteros. Em-

pezaba ya el día crítico, el día designado por el Nazareno para resucitar. Por una distracción increíble, y mejor dicho, por una providencia de Dios acertadísima, los amigos de Jesús estaban casi completamente descuidados de la gran profecía de Cristo, que debía ser el fundamento de toda su esperanza, y el cimiento de su restauración. No se acordaban de la promesa que el Maestro les había hecho de resucitar al tercer día, o si se acordaban tenían miedo de creer en ella, o temían un nuevo fracaso como el que acababan de presenciar en la pasión de Cristo, o, en fin, por causa de la muerte de su Maestro estaban tan aturdidos y desconcertados que apenas tenían ni ganas ni capacidad de recordar ideas antiguas, ni de concertar profecías y designios, que no habían comprendido del todo, ni menos de prometerse un suceso tan maravilloso como el que el Mesías se resucitase a sí mismo, cosa inaudita entre todos los milagros más célebres de la antigüedad. También por esto mismo, por ser la idea tan nueva, por prestarse tan poco a la imaginación, no podían figurarse, sino con mucho trabajo, lo que su Maestro había querido decirles cuando les prometió que resucitaría. Mucho mejor que ellos se dieron cuenta de lo que dijo los príncipes, como más instruidos.

Así, pues, nadie estaba preparado para esperar la resurrección. Los soldados incrédulos e ignorantes atenderían, sí, a que nadie violase el sepulcro y les arrebatase el santo cadáver, que era lo que les habían encomendado, pero lo que menos esperarían es lo de la resurrección.

Mas el alma de Jesús que estaba en el Limbo, llegada la mañanita del domingo, subió a la tierra acompañada de sus fieles y santos, penetró en el sepulcro, metióse de nuevo en aquel desfigurado y exánime cuerpo amortajado, reanimóle en un instante, revistióle de las dotes de gloria, y con sutileza, como si su cuerpo fuese de aire y luz compuesto, salió a través de sus vendas y lienzos y sudarios, dejándolos inmóviles como el envoltorio de una crisálida, y sin soltarlos ni romperlos, salió a través de la roca sin mover la piedra ni empujar la puerta, y se lanzó triunfante a campo abierto glorioso para nunca más morir.

Nadie tuvo la dicha de presenciar este espectáculo sublime más que las almas bienaventuradas que con él habían

salido ya del limbo subterráneo, redimidas del todo por Jesucristo.

Entonces de repente bajó un ángel del cielo. Tocó el suelo, estremeció la tierra. Acercóse al sepulcro y con majestad empujó la piedra y como quien era señor de todo aquello se sentó sobre ella. «Su faz, dice el Evangelio, era fulgente como un relámpago, su vestido blanco como la nieve».

«De miedo de él se estremecieron los guardias y quedaron como muertos».

¡Día feliz! Había terminado el duelo admirable con que, como dice la secuencia de la misa de Resurrección, pelearon la vida y la muerte. *Dux vitae mortuus regnat vivus*. «El rey de la vida muerto reina vivo». Reina desde que ha muerto, y reina sobre todos los muertos y la misma muerte.

Hora es de exclamar como San Pablo con las palabras de Oseas:

«La muerte se ha sumido en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿dónde está tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado». Pero la muerte y su aguijón han sido absorbidos por la victoria que sobre la muerte ha obtenido Nuestro Señor Jesucristo, primogénito de los muertos, que así como dió su vida, así también la toma por sí mismo, cumpliendo su excelsa profecía, que nadie fuera de él jamás puede hacer: «Yo doy mi vida para tomarla otra vez. Ninguno me la quita, sino que yo la doy por mí mismo; tengo poder para darla y poder para volverla a tomar».

296. EL SOBORNO DE LOS GUARDIAS

(Mt. 28, 11-15)

Los guardias, repuestos de su terror, acaso para dar cuenta de lo que con tanto empeño se había encomendado a su custodia, examinaron el sepulcro, si es que el ángel se lo permitió. De todos modos diéronse cuenta perfecta de que Jesús había resucitado y no estaba allí. Y viendo que ya su guardia estaba de más, pues el sepulcro estaba vacío, «vinieron a la ciudad y contaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo que había sucedido».

Tremenda debió de ser la perturbación que experimenta-

ron aquellos criminales sacerdotes al oír el relato de los guardias. ¡Vivía de nuevo el que ellos habían querido sepultar para siempre! y el milagro, el milagro estupendo que había prometido, la resurrección de sí mismo al tercer día que les había dado como prueba suprema de su divinidad habíase ya cumplido sin duda ninguna!

Reuniéronse precipitadamente con los sinedritas, y tratado el asunto en consejo, resolvieron y ejecutaron lo siguiente: «Llamaron a los soldados, diéronles gran cantidad de dinero, y les dijeron:—Decid: estando nosotros durmiendo han venido de noche sus discípulos y lo han robado.

»Y si el Presidente oye esto, nosotros le hablaremos, y os libreremos de todo peligro».

»Los soldados tomaron el dinero y dijeron como les habían mandado». Pero no era posible guardar un secreto tan difícil entre tantos. Mucho menos cuando empezaron a correr rumores de la resurrección del Nazareno por las muchas apariciones con que después se presentó a sus discípulos, confirmadas por las apariciones de otros muchos muertos en Jerusalén a sus amigos, según refiere San Mateo. Pero sobre todo cuando después de Pentecostés ya la ley de Cristo comenzó a predicarse públicamente. Poco a poco se reveló toda la verdad del suceso, y fué tan sabido, que San Mateo, al escribir su Evangelio, termina la narración de este episodio diciendo: «Este suceso se divulgó entre los judíos y dura hasta hoy todavía».

¿Quién hay tan necio que se empeñe en ahogar la luz del sol?...

El sepulcro quedó vacío del que los hombres creyeron muerto, cuando precisamente empezaba su verdadera vida y salía triunfante a establecer su Iglesia. Desde entonces toda la humanidad gira alrededor de ese sepulcro vacío.

Los incrédulos buscan al muerto y sin cesar investigan los rincones secretos por donde su cadáver ha podido evadirse a sus miradas, y todo creen menos que Jesucristo haya resucitado. ¡Insensatos! para qué buscáis entre los muertos al que vive?

Los fieles, en cambio, vamos al sepulcro a consolarnos, viendo allí, no muerto al que es verdadera vida, sino muer-

ta a la misma muerte y al pecado, y triunfador sobre ella al que, según el profeta Oseas, pudo decir: Oh muerte, yo seré tu muerte. Y al que efectivamente lo es, porque resucitado es nuestra esperanza cierta de que con él y como él resucitaremos todos como nos lo ha prometido.

297. EL DOMINGO DE RESURRECCIÓN

(J. 20, 1; L. 23, 56; 24, 1-9; Mc. 16, 1-8; Mt. 28, 1-5-8.)

Oh qué alegre fué éste día para la naciente Iglesia de Jesucristo! Era entonces lo que en nuestro tiempo es un lunes, el día siguiente al descanso, al sábado. En él se renovaban los trabajos interrumpidos en el día anterior. Hoy en conmemoración de la fiesta principal de Jesucristo, se llama Domingo, o lo que es lo mismo, día del Señor, día Señorial, porque verdaderamente fué el día de Jesucristo Nuestro Señor.

Era la mañanita, lo último del sábado, como dice San Mateo, que venía ya a amanecer en el primer día de la semana, y cuando aún había oscuridad salían ya de su casa unas cuantas mujeres, María Magdalena, María de Jacobo, Salomé, Juana, la mujer de Cuza el intendente de Herodes, y otras acaso con ellas. Llevaban consigo aromas y perfumes, que habían preparado tal vez ya en parte el viernes antes de empezar el descanso, y sobre todo el sábado después de puesto el sol, cuando ya era lícito el trabajo. Habían dejado pasar el sábado sin moverse aunque impacientes de ver al amado que habían dejado en el sepulcro y de procurarle un embalsamiento mejor que el de José y Nicodemus, que no les había dejado contentas.

Todas ellas se habían citado para la mañana del primer día y allí estaban ya prestas para su faena. Echaron a andar y pensando en lo que iban a hacer se les ocurrió de pronto una no pequeña dificultad.

«—¿Quién nos retirará de la puerta del monumento la piedra?»

Porque como nota San Marcos, la piedra era *muy grande*, y ellas no llevaban consigo ningún hombre que tuviese la fuerza necesaria.

Parece que las mujeres no sabían que los judíos habían puesto guardia al sepulcro.

Pensando en esta dificultad avanzaban sin embargo, y llegaban al sepulcro cuando salía el sol. Ya los guardias aterrados habían desaparecido, y antes que viniesen las mujeres, y acaso por distinto camino que ellas habían bajado a Jerusalén. Cuando se acercaron vieron maravilladas que la piedra estaba vuelta, y la entrada libre.

Sobrecogidas de admiración entraron en el monumento y lo encontraron vacío. No estaba ya allí el que ellas buscaban. Entonces María, llena de sobresalto, corrió a la ciudad, y se dirigió a Pedro y Juan. Debían éstos vivir juntos en aquellos días, y tal vez estaban en el cenáculo con la Virgen María, mientras los demás apóstoles estaban en diversos sitios con sus amigos como podían.

Mientras Magdalena venía toda apurada a contar lo que había visto a San Pedro y a San Juan, las otras mujeres consternadas perseveraban en el sepulcro viéndose completamente cortadas en sus destinos, y sin saber qué hacerse ya con todos aquellos aromas que, desaparecido el cadáver de Jesucristo, eran del todo inútiles.

«Y estando así consternadas, dice San Lucas, he aquí que aparecen a su lado dos varones fúlgidamente vestidos».

De ellos San Marcos y San Mateo solo mencionan uno «un joven vestido de túnica cándida» y San Mateo da a entender que era el mismo que al resucitar el Señor separó la losa y aterró a los guardias.

Llenas de espanto y deslumbradas inclinaron al punto la frente, y no se atrevían a mirar aquel maravilloso espectáculo. Mas el ángel, el mismo que había aterrado a los guardias, les dijo a ellas:

«—No temáis vosotras. Porque ya sé que buscáis á Jesús Nazareno el que fué crucificado. ¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí; ha resucitado, como él lo dijo. Venid y ved el sitio en que pusieron al Señor. Acordaos de lo que os habló cuando aún estaba en Galilea, diciendo: Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y crucificado, y que al tercer día resucite. Id presto, y decid a sus discípulos y a Pedro en especial, que ha resucitado y que irá delante de vosotros

a Galilea; allí le veréis, como él os lo dijo. Yo os lo aseguro».

No que antes de ir a Galilea, no le verían algunos en Jerusalén, sino que las apariciones a todos los discípulos y el trato que durante toda aquella cuarentena quería tener con ellos, habían de ser principalmente en Galilea, donde quería reunirlos lejos de Jerusalén, para mayor paz y tranquilidad.

Al oír estas palabras se acordaron las mujeres de las predicciones de Jesús, que lo mismo ellas que los discípulos, o no entendían o no creían, o no recordaban como ya lo explicamos. «Y al punto salieron del monumento llenas de temor y de alegría grande».

Y en el camino no dijeron una palabra a nadie. Encontrarían, sin duda muchos amigos, hablarían de los sucesos del Maestro, sentirían de seguro, según es el carácter femenino, y según era raro el suceso, gran comeción de contarle todo a todos. Calláronse, sin embargo, muy prudentes, por el temor que tenían, y fuéronse derechas a contarle a quienes les había dicho el ángel, a los discípulos.

298. PEDRO Y JUAN EN EL SEPULCRO

(J. 20, 2-10; L. 24, 12)

Mientras esto veían y oían las mujeres que habían quedado en el sepulcro, María Magdalena había ya avisado a los dos apóstoles, Pedro y Juan. Presentóse a ellos toda demudada y confusa y les dijo decididamente lo que ella se había figurado en cuanto vió la losa quitada y el sepulcro vacío:

«—Han robado al Señor del monumento, y no sabemos dónde lo han puesto».

En cuanto oyó Pedro esta noticia echóse sin más a la calle, y tras él el Discípulo Amado y dirigiéronse al sepulcro. Y llevados del anhelo de ver lo que pasaba «corrían», dice San Juan, y al principio corrían «los dos juntos», mas luego el más joven, adelantóse a Pedro, y llegó primero al monumento. Llegado allá inclinóse y vió colocados los lienzos, pero no entró». Respetuoso con el mayor y primero de los Apóstoles, aguardó a que llegase Simón Pedro. «Llegó